

Fiestas

>Alma Delia Magaña Peralta*

¡Qué ajeteo! Ya vienen las fiestas navideñas y mi mamá hará muchos pavos a la galantina. Me alegra, pues a ella le encanta cocinar, cambia completamente de humor cuando lo hace, se pone alegre, dizque canta —pues no es muy virtuosa para eso de la cantada—, cuenta chistes ¡se pone feliz! Pero también es mucho trabajo y entonces todos tenemos que ayudarla. ¡Es una agitación enorme con los pavos! Desde agarrarlos, darles aguardiente y cuando están bien borrachos torcerles un poco el pescuezo sin que se mueran, desplumarlos, cuidando que la piel no se rompa, luego deshuesarlos...

Cuando me cansaba me iba a jugar y me desentendía del trajín. Ya un poco más grande me di cuenta que mis padres se quedaban toda la noche esperando hasta que los pavos estuvieran listos, para entregarlos al día siguiente.

Nunca me pregunté por qué trabajaban tanto, hasta que un día —en ese tiempo ya sabía que los Reyes eran los papás— oí a mi madre contarle a una amiga que le había ido muy bien con la venta de los pavos, que con ese dinero compraban los juguetes que nos traían los Reyes magos.

Me quedé pasmada, porque nunca se me ocurrió pensar que tanto trabajo era sólo para llenarnos de alegría; me dio mucha ternura, una emoción muy grande y me di cuenta del amor tan inmenso que nos tenían.

Unos días antes de Reyes mi madre nos recordaba hacer la carta y nos decía:

—No les pidan mucho a los Reyes, pues aunque son tres y traen animales muy grandes, son demasiados los niños a los que tiene que atender.

Pero nosotros nunca hicimos caso.

Ya en la víspera, revisábamos la carta y después ayudábamos a mi padre en las labores del rancho —como cortar cacao, despigar pimienta, llevar agua al ganado, etc. En esa época nos íbamos a dormir muy temprano pues no teníamos electricidad, pero fue una etapa decisiva porque convivimos mucho como familia, sobre todo en las noches de luna llena cuando todos salíamos al corredor, papá tocaba la guitarra y nos hacía cantar. Eran unas veladas inolvidables.

Antes de que entrara la noche, revisábamos de nuevo la carta para colocarla en un lugar donde los reyes magos pudieran verla, (dentro de nuestros zapatos, que poníamos debajo de la cama), cenábamos y nos íbamos a la cama. Un poco más tarde mamá entraba al cuarto quinqué en mano, cuya luz amarillenta alumbraba su hermoso rostro, para darnos las buenas noches, acomodarnos bien el pabellón y cerciorar-

* Alma Delia Magaña Peralta (Comalcalco, Tabasco, 1961). Pertenece al taller literario de Comalcalco, coordinado por Francisco Magaña.

se de que habíamos colocado la carta en el lugar indicado. Cuando se retiraba, yo me hacía la promesa de que no me iba a dormir, para ver la llegada de los Reyes, pero no, nunca logré quedarme despierta, a pesar de todos mis esfuerzos.

Al día siguiente todo era alegría al descubrir los regalos. Era un día de fiesta.

Ahora, en la madurez de mi vida y que papá ya no está con nosotros, añoro esos momentos con él y extraño inmensamente ese manto protector que emanaba.

MESA

Servicial como ninguna,
en sus diferentes formas
nos arrima a sentimientos
y quehaceres varios.

Cómoda, estable,
llega a ti el hambriento,
y disfrutas juegos, rezos,
como amores y alegrías.

Eterna, sólida,
siempre atenta y trascendente
soportando el uso rudo del hombre
que trabaja con empeño.

Noble, virtuosa,
que asistes y consientes al artista
con pinceles, hojas blancas e instrumentos
que abarrotan el espacio sin pensarlo.

Mesa azul, de caoba y grande,
escenario de mi infancia,
donde todos en su entorno
trabajamos.

Mesa plana, serena y triste,
que sostiene cadáveres y almas,
y que aguarda en silencio con su carga
en espera del final de su camino.



3

Cinzontle